

012. Programa del día

¿Cómo nos hemos despertado hoy? Dicen por ahí que una de las cosas más tristes que suceden a muchas personas es levantarse por la mañana sin saber lo que van a hacer durante el día. Sin darse cuenta, ya han perdido casi la jornada entera. Por el contrario, levantarse y tener bien claro el programa del día es haber tenido ya un gran éxito.

Quien se levanta por la mañana sin saber lo que tiene que hacer, indica, por el mismo hecho, que no tiene un ideal en la vida.

O bien, que es muy flojo en la conquista de su ideal, pues lo mismo le da una cosa que otra: esforzarse durante la jornada, o esperar que pasen las horas aburridamente.

Como nosotros somos gente de ideal, cada mañana nos levantamos con ilusión renovada...

Un buen obrero, humilde, pero de esos que tienen mucha experiencia de la vida, y que era además un cristiano de los que ojalá hubiera más, fue preguntado por uno de sus compañeros en el almacén:

- *Y hoy, ¿qué vas a hacer de nuevo?*

Su respuesta no fue otra que decir, en voz alta, lo que cada día se proponía al levantarse, y que era un programa para hacer de un hombre un santo:

- *Lo de siempre. No tengo que preocuparme más que de estas cuatro cosas:
tengo un Dios a quien amar;
un trabajo que realizar;
una familia que cuidar,
y un Cielo que conquistar.*

El obrero había sido siempre muy apreciado por los socios y por el jefe. Desde este momento, aquel aprecio se convirtió en un respeto grande, casi en una veneración. Y a nosotros nos pone delante ese programa en que debe concentrarse todo nuestro quehacer diario.

Primero, un Dios a quien amar. Esto que parece tan sencillo y elemental es lo más profundo de toda esa respuesta. Porque en ello se fundamenta todo lo demás. Si se cuenta, ante todo, con un Dios a quien amar, se amará también a todos los que nos rodean, se les hará todo el bien y no se les causará mal alguno. Además, no quedará ni un solo deber por llevar a cabo. La ley de Dios habrá quedado cumplida en toda su perfección.

Lo primero, pues, al levantarme: **¿voy a amar hoy con todo el corazón a Dios y a todos?...**

Segundo, un trabajo que realizar. Aquí sobran todas las palabras cuando se contempla al Obrero de Nazaret, y, por otra parte, se escucha al apóstol San Pablo que establece una ley tan cristiana y tan humana a la vez:

- *El que no quiera trabajar, que no coma tampoco.*

Es decir, que nuestro trabajo, aparte de ser voluntad expresa de Dios, y estar santificado por el mismo Jesucristo, es algo tan humano que quita todo derecho a comer a aquel que no trabaja o que realiza mal su labor de cada día. Por el contrario, el hecho de trabajar en lo que se debe, en el oficio o profesión de cada uno, es vivir con la conciencia feliz por el

deber cumplido, además de conseguir con ello la realización de la persona en la imitación de Dios, del que decía Jesús: - *Mi Padre trabaja siempre*, en la creación y cuidado del mundo con su providencia.

Lo segundo, pues, al levantarme: **¿qué voy a hacer hoy, cómo voy a realizar mi trabajo?...**

Tercero, una familia que cuidar. No hay nada que responsabilice tanto a un hombre o a una mujer como el deber de la familia.

Los niños en el hogar son como los pajaritos en el nido, que están piando hasta que el papá o la mamá les ponen en el pico el sustento de cada instante.

Los adolescentes son igualmente exigentes: si no se les proporciona todo lo necesario para su desarrollo o para su formación, se les está preparando para ser el día de mañana los seres más inútiles.

Y no hay que olvidar al propio cónyuge. ¿Qué es de la esposa a la que el marido no la tiene como una reina? ¿Qué es del marido con una esposa descuidada?...

Lo tercero, pues, al levantarme: **¿cómo me voy a portar hoy con mi familia?...**

Cuarto, finalmente, un Cielo que conquistar. Es la meta de cualquier persona que tiene fe. ¿De qué sirve el afán de cada día si no tiene como meta una felicidad sin fin?

Mientras que si se clavan los ojos en ese premio que Dios nos promete y que nos da, no hay dificultad que no se supere, ilusión que no quede colmada, y propósito en la vida que no se llegue a conseguir.

La mirada puesta en el fin que Dios nos promete y que nos va a dar es, ciertamente, una gracia, un regalo de Dios.

Pero Dios ha querido que sea también premio a nuestro esfuerzo de cada día, para que tengamos el orgullo santo de decir: *¡Cielo de Dios y jornal mío!...*

Lo cuarto, pues, al levantarme: **¿cómo voy a aumentar hoy mi capital para la vida eterna?...**

El obrero amigo, más que una confidencia, porque se le pidió, nos dio unos puntos de examen, impregnados de dulce paz:

- *¿Cómo he empezado el día? ¿Cómo lo estoy llevando adelante? ¿Cómo lo terminaré?...*

La vida al final no será más que el resultado de todos los sumandos, y cada día es un sumando importante. ¡La importancia que tiene cada día, el día de hoy!...